

mann Kafka, sino al padre genérico, a la figura paterna en sí, que es condenable por serlo, por representar la ley, el límite, el modelo y finalmente el poder. El proceso judicial de esta carta termina desplazando al padre concreto y se orienta contra el principio de autoridad, a partir de la extrema crispación que le produce el hecho inevitable de que quien tiene el poder lo ejerza: lo irritante es que lo haga, que se beneficie con la desmesura de mandar, de administrar, que se aproveche de ser quien es, de tener el rol que tiene. Kafka, con la lucidez de su ojo infalible, debió darse cuenta de esa situación inesperada: que alguien pueda ser culpable por ser quien es, como si el papel pudiera ser más doloso que la conducta; tal vez por eso su conflicto con el padre queda irresuelto, condenados ambos a una pena imposible de ser llevada a cabo o, peor, a una inocencia sospechosa que no sirve a ninguno de los dos. Un pensamiento que sería paradójico si no fuera desesperado, que arrastra algo más, doloroso y confuso: su punto de vista es cuestionable precisamente *porque* es el suyo; y su padre merece el proceso al que lo somete precisamente *porque* es su padre. Incluso cuando afirma que sus imputaciones son «detalles completamente insignificantes», enseguida los agiganta y presenta como intolerables: y son intolerables, una vez más, *porque* pertenecen a la conducta paterna. De aquellas causas, estas consecuencias, con el agregado de que no importa si la causa es cierta, siéndolo en efecto.

Sin embargo, el núcleo más genuinamente kafkiano tal vez pueda expresarse así: ninguno de los dos es culpable de nada, ni tampoco inocente, porque el método está equivocado; de donde resulta que hay que volver una y otra vez al comienzo para llegar, en cada caso, a una conclusión presuntamente errada, ya que nada garantiza que sea cierta. Ellos (padre e hijo) son las piezas en juego, partes del proceso fenomenológico que los enfrenta por una razón que, más que fatal, es inevitable. «Todos los errores humanos son errores de método», dice, y a partir de ahí ya no es una filosofía de fondo lo que los condena sino su puesta en práctica, el procedimiento, que se instaura por ignorancia, ceguera o necedad. De este modo, si se llega a la inocencia del acusado, ¿es posible afirmar que es inocente?; y al revés, si se arriba a la culpabilidad, ¿quién puede asegurar que la sentencia es justa? Ambos supuestos están excluidos, son partes de un error (inocencia equivocada, culpabilidad cuestionable) que ni absuelve ni condena sino que deja en suspenso el paso próximo, flotando para siempre como una amenaza y, seguramente, también como un error.

Este enredo, que yo me atrevería a calificar de psicológico si conociera exactamente el valor de esa palabra (y que sólo me animo a calificar de exasperante), da vueltas sobre sí en un juego de deshacer lo hecho sólo para volver a hacerlo, y así sucesivamente. En algún momento reconoce virtu-

des en su padre (por ejemplo, que es muy trabajador) e inmediatamente construye la interpretación oblicua del que desconfía y rechaza ese reconocimiento; aunque al poco tiempo vuelve sobre él. Le gusta el malentendido: de él, hace un método; de él saca conclusiones y, de paso, una de las literaturas más apasionantes de este siglo. Kafka es un profesional del «pero», utilizada esta reticencia como corrección de lo ya dicho: lo que termina convirtiéndolo en profesional de la desconfianza.

O, como él mismo le escribe a Milena, él es un «profesional del dolor de cabeza»: tal vez por eso la palabra más repetida en esta carta sea «culpa», unas veces para que caiga sobre sí, otras sobre su padre, y otras, previsiblemente, para tentar la doble acusación de tener y de carecer del sentimiento de culpa. Y en este juego envolvente de demolición por minuciosidad llega a la conclusión exorbitada de que todo lo que provenía de él le daba «asco» a su padre: culpa terrible y devastadora, cuyo nudo no se ata sólo alrededor de una relación enferma sino de un sistema organizado en torno a ese sentimiento.

Aquí toca hacer mención al sistema de autocontrol fundado en la culpa, que desde la Biblia organizó el judaísmo y que el cristianismo terminó por extender a toda la cultura occidental. En su origen, éste fue un sistema civilizatorio, si se piensa, por ejemplo, en el desenfreno impune de los dioses griegos. El mundo griego no estuvo construido sobre la idea de culpa, ni sobre su complicada consecuencia: pecado, castigo o absolución; sino sobre la energía, el predominio del fuerte y los ciclos de la naturaleza. Esto dio como resultado la arbitrariedad olímpica, porque, como decía alguien, cualquier dios griego, a la luz del derecho penal actual, merecería por lo menos diez años de cárcel. El sistema de la culpa vino a establecer un freno a la expansión natural, a decir que no todo podía ser pulseadas y abuso en las relaciones humanas, y así nació la piedad: no sólo como sentimiento (que ya existiría) sino como fórmula de contención social. Sin embargo, con la acumulación del tiempo, este sistema se volvió opresivo; por eso no parece casual que el catolicismo haya instaurado la confesión como método de descarga de la culpa, ni que años después alguien (por ejemplo Freud) haya encontrado parecida solución para los que no aceptan el confesionario: dos maneras de atenuar el efecto paralizante de la conciencia escrupulosa, con la lógica evidente de que ambas soluciones fueron correcciones al agobio de la culpa. En el caso de Kafka (todo un catálogo de este sentimiento), lo que está en juego es la «culpa original» y, a partir de su existencia, todo lo demás es desarrollo de ella; ella abarca la totalidad, ocupa el lugar del padre, de donde resulta que el padre ya no tiene escapatoria: él es el pecado original, lo que corresponde expiar.

Qué se puede hacer con una conclusión como ésta (además de literatura), es difícil predecirlo. El padre es nada menos que el culpable original, y lo que pueda resultar como proyección de esto es algo que uno supone escrito en los manuales de subsistencia: sólo resta pensar en un ataque frontal, sin piedad y sin dejar sobrevivientes: tierra arrasada, con la sospecha de que todo responde a una monstruosa equivocación. A partir de ahí, ya se puede expresar la idea sin salida (y que sea cierta) de que «cuanto mayores sean mis éxitos, peor acabará todo»; y esto es así porque precisamente el único éxito que importa es la expiación de ese pecado original que es el padre.

Pero (ya se ha dicho que el «pero» es inherente a Kafka) en términos kafkianos eso no significa la muerte del padre: esto hubiera traído algún alivio, y de lo que se trata es también de suprimir la posibilidad del alivio. Se trata, entonces, no de matar al padre (como en todo caso aconsejan los manuales de supervivencia), sino de conservarlo vivo, parte necesaria del diálogo de sordos que proponen ambos, diálogo implacable e imposible (implacable por imposible), en el que cuenta, no la idea de arrimar alguna solución, sino la idea de que el diálogo no tiene solución. Hay un regodeo en ese diálogo, una necesidad de no curarse del mal que lo aqueja, según lo sugiere el hecho de que Kafka siguió viviendo hasta su muerte bajo el techo paterno, cumpliendo el intenso ritual de una convivencia imposible. El final sin final que promete el diálogo («puede tranquilizarnos un poco a ambos y hacernos más fáciles la vida y la muerte») no es sino una patética manifestación de anhelo, el núcleo de una conmovida desesperación que, al fin (y es uno de los pocos momentos de la carta), el lector siente que se desborda sobre él.

El trabajo de Kafka ha consistido en aplicar a su padre una lupa implacable para sus mínimos gestos, un procedimiento de observación que muy pocos en este mundo podrían superar con éxito. Y el resultado es la sentencia inconclusa, la permanente condena y absolución que tal vez resuma una frase en la que cabe todo lo que sabemos de este escritor genial y torturado: «una condena total, que hoy no me hace temblar como cuando era niño, por el simple hecho de que el sentimiento exclusivo de culpabilidad ha sido reemplazado ya en parte por la noción de nuestro común desamparo».